



Reseña / POR JUAN CARLOS JUNIO

Juan Carlos Junio

El proyecto libertario entre brumas y rechazos

Buenos Aires: Ediciones del CCC, 239 páginas, 2025



Razones y corazones del libro

Estas páginas son el fruto de un largo período de participación en los debates políticos y culturales. Su propósito es el de aportar y opinar desde nuestras posiciones ideológicas sobre la realidad de nuestro país y de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. En este libro, se compilan mis notas aparecidas en *Página 12* desde la victoria electoral de Javier Milei en noviembre de 2023, con la aspiración de leer en clave crítica las políticas públicas desplegadas por distintas vertientes del proyecto de la derecha, ya mutada y subordinada a la ultraderecha. Estos artículos fundamentan las consecuencias y luchas en torno a discursos y políticas desplegadas bajo el gobierno libertario.

Puede ser valioso, desde lo personal, y como militante del movimiento cooperativo, de la cultura y político, dejar constancia de un tiempo histórico con sus laceraciones sociales dolorosas, condicionado por las diversas consecuencias de un momento político signado por la derrota electoral. Este propósito hace necesaria la exploración de algunas de sus causales, resultantes de un retroceso cultural, pero a la vez en disputa, asumiendo los desafíos de la época, sin

concesiones y dispuestos a pensar nuevas respuestas. Los espacios oscuros de un proyecto político centrado en el antihumanismo son contrastados y desafiados entre los pliegues luminosos de las resistencias y las creaciones de inspiración solidaria, valorando y defendiendo la gran idea de la libertad indisolublemente unida a la de igualdad. Intentamos que las luchas y contrastes del momento se reflejen en las páginas que siguen como testimonio y reto hacia el futuro.

En esta introducción, importa detenernos en el concepto de batalla cultural, ya que el libro se inscribe en esa controversia, indisolublemente imbricada en el conflicto político. Frente a la actual hegemonía neoconservadora, neocolonial y patriarcal, sustentada en el poder real de los sectores económicos dominantes, resulta necesaria una visión crítica y la puesta en común de alternativas civilizatorias auténticamente democráticas, que están en pleno decurso. Complementariamente, la propuesta es dar cuenta del escenario –partiendo de un breve *racconto* histórico– asumiendo la crisis orgánica de la actual fase del capitalismo y su expresión local, con sus consecuencias, riesgos y perspectivas. Por último, nos interesa dejar sentada la posición desde la cual intervenimos describiendo los contenidos centrales de este trabajo.

La batalla cultural

En las notas presentadas a lo largo del último año, nos propusimos aportar a la crítica de la política pública de un gobierno que se asume como de ultraderecha, subordinada a los diversos sectores hegemónicos, ahora también integrados orgánicamente por los medios de dominación ideológica-cultural. Lo hacemos desde su contrario: la reivindicación de un proyecto político progresista que ponga en el centro de sus prioridades la dignidad humana, la soberanía del pueblo y la nación, confrontando con las actuales políticas que se proponen asfixiar la institucionalidad democrática, inclusive con la coerción y la represión, cercenando principios elementales de convivencia. Sostenemos que son los sectores populares quienes necesitan y deben reivindicar una democracia protagónica, que amplíe y profundice el espacio de lo público, que estimule la participación ciudadana, fortaleciendo un orden colectivo diverso y radicalmente democrático. Para las derechas, la democracia es un instrumento político circunstancial. De ser necesario, asumen un deslizamiento hacia variantes condicionadas o, lisa y llanamente, a la cancelación del propio sistema institucional. En última instancia, solo importa la sobrevivencia del dominio político que exprese a los núcleos económicos

hegemónicos de la burguesía local, socia menor de las corporaciones extranjeras. Nuestra historia lo corrobora; alcanza con recordar los tiempos del “fraude patriótico” y la larga lista de golpes de Estado inaugurada en 1930, siempre inspirados por las clases oligárquicas, con la aquiescencia de la “Embajada”. Su corolario fue el golpe de Estado cívico-militar de Martínez de Hoz, Videla, Massera, también impulsado por el sistema dominante en pos de generar un cambio radical en las estructuras económicas-sociales. Con este propósito, no trepidaron en desplegar un genocidio desde el Estado, con la dramática y lacerante consecuencia de nuestros 30.000 compañeras/os desaparecidas/os. Como advirtió Rodolfo Walsh, revelando el accionar criminal de la dictadura: “Estos hechos, que sacuden la conciencia del mundo civilizado, no son sin embargo los que mayores sufrimientos han traído al pueblo argentino, ni las peores violaciones de los derechos humanos en que ustedes incurren. En la política económica de ese gobierno debe buscarse no solo la explicación de sus crímenes sino una atrocidad mayor que castiga a millones de seres humanos con la miseria planificada”.

La referencia a “la Embajada” no es un eufemismo de literatura política: es conocido el encuentro del primer can-

ciller de la dictadura, César Guzzetti, con Henry Kissinger (posteriormente premiado Nobel de la Paz). El acuerdo en las penumbras aceptando la represión fue contundente: “Queremos que ustedes tengan éxito... cuanto más rápido tengan éxito, mejor... antes que nuestro Congreso reanude sus sesiones, mejor”. Gore Vidal, destacado escritor estadounidense, opinó en febrero de 1999 sobre Henry Kissinger: “es el más grande criminal de guerra libre en el planeta... espero que sea juzgado por lo que hizo en Chile y en Camboya”. Tras las brumas del accionar tenebroso de sus ejecutantes, una vez más, los núcleos del poder real capitalista se allanaban a la cancelación de la democracia.

En el ojo de todas las tormentas, la cultura se despliega como “la madre de todas las batallas”, como nos recordaba Floreal Gorini. Es así, porque se libra en el corazón y el cerebro de quienes integran la sociedad: su modo de ver el mundo, sus intereses económicos, sus valores culturales y sus circunstancias emocionales. Se disputan posiciones en torno a la apología o la crítica de un orden social compartido. Tal orden puede propender a relaciones igualitarias y democrático-sustantivas, o a formas injustas y autoritarias en la distribución de bienes materiales y simbólicos, impulsando el reconocimiento o la im-

pugnación de las diversas identidades, ya sean políticas, culturales o de clase. Nuestro propósito siempre se orienta hacia la promoción de la participación de la ciudadanía en la construcción de un destino de progreso social colectivo. En términos políticos, este solo es concebible si se sustenta en una dinámica desde las bases de la sociedad, en las barriadas, en las escuelas y universidades, en sindicatos, cooperativas o centros culturales y deportivos.

La referencia a la batalla cultural instalada en el escenario nacional no es una novedad del siglo XXI. Este concepto, inevitablemente controversial, lo concebimos como parte de una lucha ideológica por la distribución de los ingresos y las riquezas, que por su naturaleza conlleva al conflicto con los sectores del poder económico-mediático. Antonio Gramsci advertía ya en 1916 en “Socialismo y cultura”, desde las enseñanzas de la historia: “Las bayonetas del ejército de Napoleón encontraron el camino allanado por un ejército invisible de libros y opúsculos derramados desde París a partir de la primera mitad del siglo XVIII, que habían preparado a los hombres y las instituciones para la necesaria renovación”. Siguiendo a los clásicos, resulta lógico señalar que en la medida en que las formaciones económico-sociales se organizan en torno a relaciones

antagónicas –el esclavismo, el feudalismo y el capitalismo– con sus respectivos momentos transicionales, se generan por tanto opresores y oprimidos/as, y se despliegan procesos de resistencia y contestación que operan en diferentes niveles de la vida colectiva. Si el esclavista concebía como un fenómeno natural y positivo la existencia de los/as esclavizados/as, el polo sometido de la relación fue desarrollando modos de resistencia hasta lograr el reconocimiento de que “la esclavitud de los hombres es la gran pena del mundo” (“Versos sencillos”, José Martí). Tanto para reproducir el orden instituido como para cuestionarlo y transformarlo, se fue generando el polo de los esclavistas y el de los esclavizados con sus rebeliones y represiones, y sus fundamentos y expresiones en la búsqueda de influir sobre el sentido común. Ese esquema de antagonismos se reproduce en la disputa entre las monarquías absolutistas y las aristocracias medievales frente a las mayorías de estratos sociales subordinados a aquellas relaciones de servidumbre y, posteriormente, en la consiguiente fase histórica, en la relación entre el capital y el trabajo, ya en las entrañas del capitalismo. Por cierto, en los pliegues de esos procesos se manifestaron otros antagonismos: entre las metrópolis y las colonias; entre etnias y linajes autoconsiderados “superiores”; entre las eli-

tes cultas y las masas sumidas en la ignorancia; las generadas por la imposición del patriarcado; y las religiosas; todas inficionaron las relaciones sociales a lo largo de la historia humana.

Las ultraderechas gobernantes en Occidente, enemigas de clase del ideario gramsciano, sin embargo, convocan a emprender la cruzada de la batalla cultural, ocultando que la expresión “hegemonía cultural” con sus implicancias conceptuales fue creada por el teórico y líder comunista. Con lenguajes primitivos y violentos, adornados con un histriónismo tosco, están lanzados a una confrontación abierta, no solo contra las expresiones nacionales, populares y de izquierda, sino contra todas aquellas voces que manifiesten matices con su dogmatismo del libre mercado. Este despliegue de hostilidad extrema se intenta presentar como novedoso, pero tiene inquietantes antecedentes históricos: en la “conquista” de Nuestra América y su genocidio de los pueblos originarios, y en las experiencias del siglo XX cuya expresión más paradigmática fue el nazismo. Esos fenómenos alguna vez fueron el huevo de la serpiente. Se trata, nada menos, que de la convocatoria al exterminio de quien es o piensa diferente. La reducción a la condición de inhumanidad del indígena, del judío, de la mujer, del comunista y socialista, de la negritud,

del pobre, del peronista, del inmigrante y las diversas opciones de género, y otros etcéteras; son expresiones que tuvieron costos humanos inconmensurables.

No exageramos, ni hacemos interpolaciones históricas arbitrariamente. Recientemente, Elon Musk, el capitalista más rico y exuberante del planeta, convocó a votar en Alemania a la ultraderecha neonazi y, deliberadamente, ejecutó el saludo hitleriano. Retoma la saga de Henry Ford, aquel magnate estadounidense, admirador y defensor del hitlerismo, condecorado por los nazis en 1938.

Si bien esta batalla cultural es sostenida por una gama de fuerzas económicas, políticas y comunicacionales, no se debe reducir a nombres propios. Las posiciones de las minorías oligárquicas, eternas reivindicadoras del partido del orden, se ciñen no solo a un dirigente, aunque algunos liderazgos sean prefabricados y expresen una respuesta circunstancial para mantener la “governabilidad” del capitalismo thatcheriano. Se trata de la defensa del orden multilateral establecido por los triunfadores de la guerra fría, cuyo epicentro fue EEUU, una Europa subordinada y en decadencia, el capital financiero internacional con su toro embistiendo desde

Wall Street y sus islotes que offician de guaridas del dinero sucio, sus industrias de guerra, los mastodontes de la comunicación (desde los clásicos a la invasión de las redes), destinados a la maceración de la opinión pública en niveles planetarios, y su inevitable transformación en nucleamientos políticos hegemónicos. Estos suprapoderes siempre cuentan con intelectuales sumisos que divagan sobre modernidades y gustan presentarse como “independientes”, pero se allanan a los ultraderechismos con sus componentes fascistas. Esa docilidad, disfrazada de “realismo”, va estableciendo que la peor conducta humana en términos políticos es la rebeldía, y la más loable, el conformismo y la moderación.

Los apologistas del orden capitalista despliegan su enorme poder para disputar el sentido común de las masas, sin excluir que también lo hacen en planos teóricos más complejos. Pocas expresiones han sido tan claras como la de Margaret Thatcher: “la economía es el medio, el objetivo es cambiar el alma y el corazón”, para coronar: “La sociedad no existe, existe el individuo”.

En suma, la batalla cultural condensa las contradicciones sociales en el campo de la cultura y la subjetividad. Dicho de otro modo, comprender las razones, emociones y sentimientos de los seres

humanos y de la sociedad nos exige abordar las múltiples facetas de las ciencias sociales, artísticas y de la cotidianidad, ya que la cultura es el campo donde se expresan. Siguiendo con el gran sardo, la disputa es por el sentido común de los pueblos, solo que él nunca la escindió del concepto esencial del conflicto, propio de la lucha de clases.

Brumas de un mundo en transformación

Un punto central para interpretar el escenario actual es el concepto de crisis orgánica. Podríamos pensar en una analogía con los fenómenos ocurridos en las décadas del 20 y 30 del siglo pasado cuando las potencias capitalistas, desgastadas por la Gran Guerra del 14 y su posterior y violenta crisis económica, fueron desafiados por el cambio histórico de la Revolución socialista de Octubre y su influencia amenazante para el sistema. Estos factores concurrentes generaron una radicalización de las luchas contra el orden social que, por supuesto, tuvo reacciones; entre ellas, la emergencia de una ultraderecha extrema, expresada en los fenómenos del fascismo, del franquismo, del nazismo y otras expresiones del mismo tenor que concluyeron en la más grande conflagración de la historia humana, con sus 60 millones de víctimas. Su derrota fue a

partir del inconmensurable sacrificio de los pueblos de la Unión Soviética y chino, de los países aliados del occidente capitalista y los resistentes en todo el continente.

El neoliberalismo y sus conceptualizaciones se desarrollan en los años 30 del siglo pasado a partir de la obra de Ludwig von Mises. En los setenta esas teorías marginales recibieron la legitimidad del sistema institucional: le fue otorgado el premio Nobel de Economía a Friedrich von Hayek –en 1974– y a Milton Friedman, constituyendo la expresión académica de una fracción del capitalismo, cuya fase siguiente fue la del copamiento de los Estados para tener el poder de orientación de las políticas públicas. Otros momentos determinantes fueron el golpe militar en Chile y elecciones como las de EEUU y Gran Bretaña entre los años setenta y ochenta, cuyas expresiones simbólicas y políticas más trascendentales fueron las de Margaret Thatcher y Ronald Reagan. Este proyecto se centró en la reconfiguración del Estado como garante de la ganancia del capital y su capitulación como fuente de derechos ciudadanos. Esa primera fase triunfalista se presentó imbuida de una épica reaccionaria, que tuvo un punto de expansión inédito con la crisis y disolución del campo del socialismo real y de la Unión Soviética.

Los años 90 parecían convalidar la tesis de Francis Fukuyama, quien en su libro *El fin de la Historia y el último hombre* instaló la tesis de época de que con la economía de mercado y las democracias representativas la humanidad había llegado a su cenit.

El triunfo de Hugo Chávez Frías en 1998 fue el anticipo de una mutación radical del escenario nuestroamericano, que hasta entonces había sido plataforma de gobiernos conservadores y dictadores, con excepción de Cuba socialista. La creación en 2001 del BRIC (acrónimo de Brasil, Rusia, India y China), al que se sumó en 2009 Sudáfrica, marcó un punto de inflexión en la geopolítica, ya que expresó una nota significativa del pasaje de un mundo unipolar a un mundo multipolar. Posteriormente, esa unión estratégica tuvo un notable crecimiento.

Ese nuevo escenario mundial se completa con el crecimiento económico vertiginoso y la notoria influencia política de la República Popular China que lidera un proceso alternativo de impacto universal, a partir de su voluntad de construir “un socialismo de características chinas”.

Otro de los rasgos de la actual coyuntura se refleja en el crecimiento iné-

dito de la desigualdad social en el mundo: según datos de Oxfam presentados en la ONU en 2024, el 1% más rico de la humanidad tiene más riqueza que el 95% más pobre. Fundamentalmente, tras las brumas de los modernismos propagandistas de la democracia capitalista, se desnuda su esencia inhumana.

La crisis orgánica, con su expresión de miles de millones de pobres y hambrientos, es también ecológica, energética, alimentaria, migratoria y de valores culturales; rostros múltiples de un mundo en transición.

Finalmente, la cuarta revolución industrial viene –como ocurrió siempre– con su doble faz: una promete contribuir al desarrollo de conquistas que puedan ser beneficiosas y de progreso para la Humanidad, la otra la convierte en un instrumento de enajenación para la dominación.

La expansión de las plataformas y las comunicaciones se ha expresado – en su faceta más negativa– como instrumento para la modelación de un individuo ensimismado, con elementos de odio, consumista, que vuelca incertidumbres y negativismos en las redes en un mundo caótico. La difusión de juicios superficiales e infundados supera a las construcciones argumentadas. Todo

se enreda en un universo virtual en pos de configurar subjetividades sin identidades políticas y culturales. Claro que hay contrafuegos y tendencias que van en dirección contraria.

Esta crisis orgánica del orden social ha ido generando peligrosas tendencias reaccionarias, pero también alternativas resistentes, democratizadoras y aun revolucionarias. Esa disputa velada o abierta entre el mundo unipolar y el mundo multipolar; entre el capitalismo de casino y la economía productiva, entre un Estado auténticamente democrático y un Estado subordinado a las fracciones del capital financiero, entre las potencias neocolonialistas y las luchas anticolonialistas, se manifiesta de diferentes modos y en todos los campos.

La batalla cultural en este escenario de tránsitos brumosos expresa un punto de inflexión histórica donde, al decir de Antonio Gramsci, “lo viejo no termina de morir y lo nuevo no termina de nacer” y es allí “donde aparecen los monstruos”. Sus opiniones, cada vez más valoradas se generaron en el contexto de la Revolución rusa y la emergencia de los fascismos, del franquismo y del nazismo. Esa lucha que hoy se reinstala en nuevas condiciones y sin que ninguna parte tenga el éxito asegurado nos convoca, nos interpela. En tal

sentido, resulta inspiradora la frase de Bertold Brecht: “quien lucha puede perder, quien no lucha, ha perdido ya”.

Desde la militancia de un proyecto compartido

Si bien este libro contiene artículos de mi autoría, mi trabajo, mi militancia social y política nunca ha sido en soledad. Por el contrario, siempre me sentí parte de un colectivo virtuoso y generoso, de un movimiento social-cultural, económico, ya histórico, que se autodefine como “cooperativismo transformador”, con vocación de contribuir a los cambios políticos con un sentido de progreso social.

El cooperativismo ha desarrollado un largo camino y se ha institucionalizado en la Alianza Cooperativa Internacional, desplegándose en su seno diferentes tendencias y matices a partir de valores y principios compartidos. De sus distintas expresiones, el nuestro lo definimos como “transformador”, bajo la inspiración goriniana, pues además de la gestión democrática y eficiente de una necesidad social común, se compromete más allá del ámbito de la empresa solidaria, con la lucha por transformaciones con un sentido de justicia e igualdades sociales, convergente con los valores y principios de la cooperación.

Por su historia económica y social, en nuestro país se fue desarrollando un amplísimo entramado productivo y cultural de clases medias que lo diferencian de otros pueblos hermanos de Nuestra América. Consecuentemente, ese trascendente núcleo social ha sido objeto de disputa ideológica y política.

La derecha, desde siempre, ha pugnado por instalar y potenciar prejuicios de clase contra los sectores humildes y las identidades políticas con los cuales se identificaron a lo largo del siglo pasado y del actual.

El propósito fue y continúa siendo separar a la diversidad de capas medias, tanto en términos sociales como político-electorales, de las mayorías populares. Desde nuestra perspectiva, resulta vital asumir esa disputa ideológica y política, con el noble y patriótico propósito de tender puentes, comprensiones y convicciones, en el sentido de que el destino de unos y otros debe ser confluyente. Por la huella de la unión y la amalgama solidaria de ese enorme conglomerado mayoritario, el conjunto de la sociedad y del país como colectivo social podrá transitar por una vía más justa y plena para todos.

Floreal Gorini insistía en que, si hay elementos de crisis de la política, de-

bemos responder con más política, más militancia, democratizando las organizaciones desde el pie, asumiendo los cambios de época y generacionales, y no dejarnos arrastrar por el oleaje que vacía de sentido y contenido las acciones y organizaciones del pueblo. Desde esas ideas y convicciones, fuimos desplegando la acción de nuestro cooperativismo transformador, pensando a la política como la lucha por la construcción de lo común, de lo colectivo, que nos constituye como pueblo y como nación, de la cual abrevamos e integramos. Nosotros seguimos creyendo en las utopías como norte para cambiar la realidad en un sentido de progreso y justicia social. Ese ideario, en la práctica, nos induce a aportar para juntar fuerzas que se unan en idearios y programas, con la perspectiva de construir alternativas de proyección social y política.

En el marco de la batalla cultural, en este contexto de transiciones inciertas y desde nuestra identificación como cooperativistas transformadores, proponemos este libro, que como expresé al inicio, está conformado por las notas publicadas en el diario *Página 12* desde el triunfo de Javier Milei y que no solo hablan de sus políticas, sino también de las consecuentes resistencias y debates en los espacios democráticos y populares. Estos escritos se fueron ge-

nerando desde un imprescindible análisis crítico sobre las decisiones político-culturales del nuevo gobierno, a partir de su línea neoconservadora de superajuste y subordinación manifiesta al poder del imperialismo norteamericano, a la que se suma el peculiar apoyo al gobierno israelí de Netanyahu.

Incorporé algunas notas biográficas sobre algunos de nuestros patriotas que admiro, que alguna vez escribí y fueron publicadas. El sentido principal de sumarlas fue esencialmente señalar la importancia que ha tenido en mi vida cultural y política mi amor por la historia y la profunda huella que me dejó mi paso por la querida Facultad de Filosofía y Letras en los años iniciales de la turbulenta y dramática década del 70.

Espero que estos textos sean un aporte para un mejor discernimiento de este tiempo desbocado, que permitan visualizar luces y sombras de una transición histórica que aún se vislumbra brumosa, y que constituyan un estímulo para motorizar creaciones colectivas en pos de los sueños de siempre.

El cooperativismo, desde sus orígenes, se ha comprometido en la comprensión del mundo, en su afán por contribuir a su permanente reinención en un sentido humanista, solidario, emancipador. Esa marca de origen –entre los socialistas utópicos y la Sociedad Equitativa de los Pioneros de Rochdale– se mantiene indeleble en estos tiempos turbulentos que vivimos, entre los neoscurantismos y las esperanzas en el porvenir de la humanidad. Como siempre, hacemos nuestro aquel antiguo enunciado: “con los pies en la tierra y la mirada hacia las estrellas”.